

# FERNANDO ORTIZ

## LOS ESTUDIOS ANTROPOLÓGICOS CULTURALES EN DEFENSA DE LA CUBANÍA

José Antonio Soto Rodríguez

**Fernando** Ortiz (1881-1969) es uno de los pensadores más importantes del siglo XX cubano. No es extraño que muchas de las ciencias sociales de Cuba intenten reclamar para sí el pensamiento de este autor, por lo útil y novedoso de sus hallazgos y por el alcance de sus diversas propuestas. Así lo reclaman antropólogos, historiadores, juristas, sociólogos, cada quien para su campo de estudio, probablemente porque todos encuentran en su obra algo que les es familiar, algo que sienten propio y aplicable a sus disciplinas. Ese es uno de los indiscutibles valores de la enciclopédica obra ortiziana.

El aporte de Fernando Ortiz a las ciencias sociales cubanas, es capital. Sus propuestas no sólo enriquecen nuestra tradición intelectual por la atención a temas vírgenes dentro del contexto del pensamiento social cubano, e incluso, latinoamericano de la época. Ortiz abre, junto al brasileño Raimundo Nina Rodríguez, los estudios afroamericanos integracionistas. El uso de fuentes teóricas diversas por sus contenidos y orígenes, es una cualidad enriquecedora de su pensamiento. El aporte no queda únicamente en que la suya viene a ser una obra que sintetiza y divulga una buena parte del saber universal más reconocido hasta la época, sino, sobre todo, porque en su caso podemos encontrar una asunción crítica y enriquecedora de las fuentes, que va dirigida siempre a la búsqueda de todas las herramientas útiles para un más eficiente y certero estudio de la sociedad, que a ratos deriva en la creación de concepciones nuevas en las que se destacan sus criterios en torno al proceso de transculturación.

También en lo metodológico su quehacer revoluciona las prácticas más habituales de las ciencias sociales cubanas que le fueron contemporáneas, en especial de la sociología académica, por el peculiar enfoque de análisis empleado y por el uso de novísimas técnicas de investigación social, como la observación participante y no participante, el empleo de informantes clave, la entrevista, la historia de vida, la creación de espacios para el debate por las instituciones y el aprovechamiento de espacios internacionales.

Es necesario subrayar el aporte que la labor práctica de Ortiz representó para el desarrollo y maduración de las disciplinas sociales en Cuba, no sólo desde su papel como fundador y animador de instituciones, sino también como conferencista, editor y director de importantes publicaciones, y en general como promotor y gestor de cultura. Semejantes argumentos vendrían quizás a enriquecer su visión como un estudioso de los fenómenos culturales cubanos, no sólo desde la comprensión teórica de los mismos, sino desde una concepción práxica que anudaba integralmente a todos. Era obsesivo el afán por superarse y alcanzar una cultura sólida y completa, con la que rebatiría incansablemente la ignorancia, el atraso, la discriminación y el subdesarrollo predominantes en la sociedad en que desarrollaría su obra. En no pocas ocasiones expresaría que investigaba los fenómenos socioculturales de la Cuba republicana con un fin práctico: discutir y convencer con el peso supremo de la sabiduría los derroteros esenciales de la conformación dialéctica de la cultura cubana, en la que siempre defendió la idea que está en constante evolución y desarrollo por las síntesis que se van operando en la historia del país.

Fueron precisamente sus conocimientos científicos los que le otorgaron ese espíritu fundador que nace en él sobre todo a partir de los años porque conocía el valor que poseen las *instituciones dentro de una sociedad, y era consciente del importante rol que ellas pueden ejercer* entre grupos y grandes colectividades, fue seguramente por esto que se empeñó en fundar numerosas entidades culturales y sociales.

### **El carácter electivista con que asume Fernando Ortiz las fuentes teóricas de que parten sus estudios antropológico culturales**

En el primer período, que podríamos establecer entre 1900-1930, el pensamiento de Fernando Ortiz estaba dominado, aunque matizadamente, por sus conexiones con la escuela criminalista italiana de Cesar Lombroso y la del español Sales y Ferré, todos positivistas. Lombroso, fundador de la escuela positivista del derecho penal, basaba su enseñanza, tanto en el plano teórico como en el de la investigación aplicada, en una noción fundamental: “la

criminalidad, el hombre que delinque, el comportamiento violento y antisocial, no son el resultado de un acto consciente y libre de voluntad malvada, se trata al contrario de sujetos que tienen en sí mismos una tendencia malvada innata, ligada a una determinada estructura psíquica y física, radicalmente diferente de la normal, y que se manifiesta en sus mismos caracteres fisonómicos”

La inmodificable estructura biopsíquica o antropológica del delincuente lo hacía no responsable plenamente de sus actos. La sociedad, no obstante, a pesar de no tener derecho a castigarle, sí tenía la obligación de adoptar medidas que permitieran prevenir o controlar su peligrosidad social. El delito se convertía en enfermedad social, que encontraba expresiones ocasionales en el comportamiento delincuente de algunos individuos tardos, caracterológicamente predispuestos, generalmente regresivos. En Fernando Ortiz queda esta influencia manifiesta reiteradamente en los escritos y monografías de este período, tales como “Los negros brujos, hampa afrocubana”, editado en 1906; su informe “Consideraciones criminológicas positivistas acerca de la inmigración en Cuba a la 5ª Conferencia Nacional de Beneficencia y Corrección de la isla de Cuba” (1906), publicado en forma de artículo en la revista de derecho y sociología bajo el título de “La inmigración desde el punto de vista criminológico”; “Entre cubanos. psicología tropical” (1913), y “Los negros esclavos” (1916). La obra de Fernando Ortiz se completa, entre otros, con su libro *La reconquista de América* (1910) y otros trabajos importantes, tales como *Los cabildos afrocubanos* (1921), *La antigua fiesta afrocubana del día de reyes* (1920 y 1925), y *Los negros curros* (1926-1928). Durante este período Ortiz insistía en el papel decisivo de la educación y la ciencia para encaminar al país por nuevos senderos.

Su pensamiento evolucionó en pocos años, como se aprecia en la modificación radical de sus planteamientos, metodología de trabajo y objetos de estudio. Sus investigaciones hicieron que en un espacio muy corto de tiempo navegara desde posiciones lombrosianas a actitudes más abiertas en las que el positivismo dejaba paso al análisis científico de la sociedad y de los individuos, ampliando el marco de factores implicados en los fenómenos económico sociales y culturales. En esta nueva posición arremetió, ya en 1910, contra el contenido y significado del término raza, si bien en estos momentos sus libros sobre algunos grupos de Cuba seguían teniendo posiciones cercanas al positivismo italiano. Desde sus primeras obras sobre La brujería y el Hampa Afrocubana, de principios de siglo, Ortiz transitó hacia nuevas formas de entender las culturas y sociedades. Sus estudios de la cultura afrocubana constituyen el núcleo de su obra. Fruto de este interés fue la creación en 1937 de la “Sociedad de estudios afrocubanos”, que dirigió entre 1944 y 1946.



Las revistas *Bimestre Cubana*, *Archivos del folklore cubano* y *Estudios afrocubanos* recogieron desde las primeras décadas de siglo los estudios más novedosos de Ortiz sobre las tradiciones, creencias, música, bailes, festividades, mitos, religiones, artefactos culturales, literatura y, en general, sobre la historia de Cuba, con especial atención a la cultura de la población de origen africano. Los Archivos del Folklore Cubano y La Sociedad del Folklore Cubano publicaron muchos de sus trabajos y acogieron e incentivaron las conferencias sobre esta amplia temática.

Archivos del Folklore Cubano fue concebido como una obra patriótica, poniéndose al servicio no sólo de la comunidad científica sino de todos aquellos que tuvieran interés por la nacionalidad cubana, sin diferenciar, por tanto, la autoría especializada o el conocimiento más sistemático o científico, lo que propició que se convirtieran en un verdadero archivo de la tradición popular cubana.

Fernando Ortiz prestó especial atención a la música vernácula. Para él, la música, los ritmos y los bailes traídos por los esclavos africanos eran elementos fundamentales en la composición de la cultura e identidad de la isla, lo que hacía imprescindible su estudio. Esta era la manifestación africana que mayor impacto había dejado en la sociedad criolla. La influencia que tuvieron cada uno de los elementos africanos traídos por los esclavos en la cultura cubana, le llevó a estudiar los bailes, las canciones, las lenguas africanas y su evolución en Cuba.

Ortiz traspasó o el ámbito isleño al presentar un marco de análisis para estudiar la influencia de ellas. Uno de los primeros resultados fue la publicación en 1923 de *Catauro de cubanismos*, al analizar la influencia de las lenguas del África en el acervo idiomático del español, no sólo el de América; indica que muchos de los vocablos por él llamados “afronegrismos” o “negroafricanismos”, bien podrían llamarse afrohispanismos también y reivindica el

método comparado en los estudios históricos y filológicos. En *Glosario de afronegrismos*, prologado por el filólogo cubano Juan Dihigo en 1923, constata la importancia que concedió al medio social como condicionante y transformador de la cultura. Conocedor de las investigaciones sobre el origen y evolución de las lenguas africanas, con este trabajo contribuía a las tesis mantenidas por los filólogos más relevantes sobre el parentesco de muchos grupos de lenguas africanas. Desde el método comparado, el antropólogo rastreó las transformaciones de los vocablos en Cuba a través del tiempo y las analogías entre las lenguas de las diferentes etnias africanas llegadas a la isla.

El factor social que él introduce en su análisis, como elemento condicionante en la formación de jergas, le confiere a los estudios lingüísticos un valor añadido al enmarcarlos dentro de la sociología y la historia. Siguiendo a otros filólogos, cree que el lenguaje, como institución social, depende de una serie ilimitada de hechos pasados, siendo por tanto la lingüística una ciencia histórica más. Su evolución intelectual, desde el positivismo italiano y las teorías criminológicas, le hicieron uno de los mayores luchadores contra la discriminación social, siendo el presidente de la asociación contra las discriminaciones racistas y director del Instituto Internacional de Estudios Afro-Americanos, creado en México en 1943 tras ser propuesta esa iniciativa por Ortiz durante la celebración del Primer Congreso Interamericano de Demografía.

Dicho instituto también contó con una revista académica titulada *Afroamérica*. Su voz contra quienes querían reducir la nacionalidad a un grupo, omitiendo y obviando la presencia e importancia en la formación de la cultura y etnos cubanos de otros pueblos, no la pudieron callar. El rechazo a las dictaduras, al fascismo y al racismo, que paulatinamente fue apareciendo a lo largo de su obra, se muestra de forma magistral en *El engaño de las razas*, obra en la que desgrana y analiza los principios pseudocientíficos esgrimidos a lo largo de la historia para mantener la superioridad de unos pueblos sobre otros, así como la falsedad y artificialidad de las categorías raciales. En 1942, unos años antes de editar esta obra ya referida, en momentos en los que el nazismo ataca los logros de la civilización, escribió:

...la cultura propia del negro y su alma, siempre en crisis de transición, penetra en la cubanidad por el mestizaje de carnes y de culturas... se quiere ignorar todo esto o darlo al olvido, no advirtiendo que, sin conocer a fondo a todos los protagonistas de la tragedia cubana, jamás podremos comprender la hondura de nuestros males y dónde están los caminos hacia las vías mejores. Quien fomenta el odio enarbolando bandera de raza, se verá un día perseguido a su vez por pretexto de raza también.

La negación de la existencia de razas y el estudio de las culturas desembocaron en la definición de la cubanidad como una categoría de cultura; una cultura en la que están presentes cada uno de sus elementos a través de la fusión. Y así afirmó... “no hay razas puras en el mundo. Todos los pueblos son mestizos y Cuba lo es también. Cuba es un ajíaco. Cuba es una cazuela puesta en el fogón del trópico donde hierven juntas diversas culturas en este nuestro caldo criollo de tanta nutrición y sabrosura”.

## **Los aportes de Fernando Ortiz al desentrañamiento de las raíces conformadoras de la cultura cubana**

Los estudios sobre la cultura en el siglo XX tienen en Fernando Ortiz un exponente de excelencia. El fundamento metodológico de su trabajo desde la antropología, historia y etnografía, no solo da cuenta de los rasgos de la cultura cubana, sino que además ofrece herramientas analíticas para comprender el proceso de formación de la cultura latinoamericana. El concepto de cultura en la obra ortiziana, desde su proyecto político, se define como una condición necesaria para acabar con los males republicanos —la corrupción administrativa, el robo, el despotismo, entre otros— y como medio eficaz para lograr la independencia económica, política y social de Cuba. Ortiz estimó que el progreso de la sociedad cubana en gran medida dependía del florecimiento de una cultura nacional.

Por esta razón parte del presupuesto de que la cultura es “cultivo del espíritu”, “trabajo labradío”, superación humana, y de que todo hombre es depositario de la cultura como fenómeno histórico y social. Considera que no hay una sola cultura, sino varias, a partir de las culturas individuales; mediada por las relaciones sociales, toma unidad la cultura colectiva, como mecanismo de cooperación integral. Dicho mecanismo actúa como fuerza activa de reorganización nacional, por su contenido político y su componente histórico. En ella descansa la memoria colectiva, creadora y no repetitiva.

La memoria histórica para Ortiz no es simplemente una conquista, sino que puede ser un instrumento y una mira del poder, en dependencia de las clases que dominan la sociedad. Por esta razón comprendió el carácter clasista de la cultura y su manipulación política. Su esfuerzo estuvo dirigido de modo que la memoria histórica sirviera de liberación y no de servidumbre del pueblo cubano. Estrechamente vinculado con el aspecto anterior, la cultura no es neutralidad pasiva sino militancia activa. La cultura para él es una necesidad de los pueblos, de la humanidad anónima; es, en esencia, popular, un modo de asimilación del medio por el hombre y los hombres entre sí, y es no sólo cultura espiritual, sino también cultura material. Dos aspectos de un mismo fenómeno, lo espiritual y lo



material, son dialécticamente expuestos por Ortiz: la debida apreciación de una cultura dada no puede hacerse sin el debido estudio objetivo de todos sus elementos, tanto los llamados espirituales como los que se dicen materiales, pues unos y otros, pese a esa convencional dicotomía, no son sino hechos igualmente humanos, interdependientes e integrantes de la plenitud de esa cultura.

Otro rasgo distintivo del concepto de cultura ortiziana radica en su calidad de “cazuela abierta”, de “ajiaco criollo”, de su capacidad de cambio; ella no es un resultado, sino proceso mismo de su realización. Toda cultura es esencialmente un hecho social, afirma Ortiz. No sólo en los planos de la vida actual, sino en los de su advenimiento previsible. Toda cultura es dinámica y no sólo en su trasplante desde múltiples ambientes extraños al singular de Cuba, sino en sus transformaciones locales. Asimismo comprendía que la cultura debe ser propia y ajustada a su pueblo, y debe al mismo tiempo articularse con la cultura universal. “La cultura es esencialmente un intercambio de experiencias, un constante aprender y un constante enseñar; donde un pueblo siempre toma de otros a la vez que todos toman de uno. La cultura rechaza todo aislamiento”.

Es precisamente con esta visión de la cultura que Fernando Ortiz elabora un concepto más abarcador, en el que las manifestaciones particulares de la esencia humana no van reñidas con su concreta universalidad: me refiero al concepto de transculturación. Por primera vez Ortiz introduce este concepto en su ensayo *Contrapunteo*

*cubano del tabaco y del azúcar* (1940), donde se articulan diferentes aspectos de su obra, que a primera vista parecían disgregados, pero en realidad se vinculan y componen un todo. El libro resume ideas que fueron motivo de sus reflexiones en etapas tempranas de su quehacer intelectual, es decir, el contrapunteo es resultado de años de investigación y en él se reflejan y combinan inquietudes políticas, culturales, económicas, sociales, psicológicas e históricas sobre el pueblo cubano.

El estudio del origen, la producción, la comercialización, el consumo y la repercusión socio-psicológica del tabaco y el azúcar, además de sus contrastes, queda planteado como el estudio de dos sistemas viscerales de la economía cubana. A partir de las contradicciones internas que genera la cultura económica y social de estos productos, Ortiz explica el proceso de formación de la nacionalidad cubana; desde las entrañas de Cuba, y desde ahí mirando hacia afuera —decía Ortiz en su introducción a una historia económica de Cuba—, es que se concibe el desarrollo histórico de la sociedad.

La historia es un proceso en el que se mezclan dialécticamente la naturaleza, el modo de producir, los medios de producción, las relaciones entre los hombres, los intereses económicos, las costumbres y la cultura de la sociedad en general. Ortiz va desde lo más simple hasta lo más complejo, desde la naturaleza del tabaco y el azúcar hasta sus derivaciones sociales, hilvanando históricamente cada período de la evolución económica y social de estos productos en un permanente contrapunteo sociocultural.

El estudio económico se recrea entre lo artístico y lo científico, donde no faltan expresiones típicamente populares y referencias a la literatura universal. En las páginas del *Contrapunteo Cubano del Tabaco y del Azúcar*, se dan cita Fausto, Don Quijote, Nietzsche, Freud, al igual que José Antonio Saco, Fray Bartolomé de las Casas o José Martí. De esta forma tan cubana y universal se pueden comprender diferentes momentos de nuestro desarrollo histórico. En esta obra se denuncia la penetración del capital extranjero, la injerencia económica norteamericana que destruye las posibilidades del desarrollo de una economía nacional y pone en peligro la identidad cultural del pueblo cubano. El capitalismo que, a decir de Ortiz, “todo lo influye, apura, deforma y monetiza; extranjeriza a la economía cubana, con resultados nefastos para el pueblo, pues reduce su participación a lo indispensable como productor de materia prima.” El conocimiento de la historia de la producción azucarera y el surgimiento de los latifundios en manos de compañías extranjeras, fue un argumento sólido para predecir las consecuencias futuras de nuestra economía cada día más dependiente.


Es válida la idea de que Ortiz se remite a todos aquellos conocimientos que le permiten explicar la transformación de nuestra sociedad, pues estaba consciente de que el estudio científico de la formación y evolución de la cultura cubana no podía ser realizado sobre la base de ninguna orientación teóricamente establecida, por la naturaleza misma de su objeto de estudio. Por ello se vio precisado a crear conceptos nuevos que le sirvieran para designar los procesos socioculturales, económicos e históricos cubanos y que rompieran con la tradicional interpretación eurocentrista de la cultura. Ortiz no emplea los conceptos para introducir con ellos criterios lógicos en la evaluación del lenguaje científico, sino como instrumentos que permiten captar con exactitud la “lógica del objeto”.

Al estudiar la historia y la complejidad cultural de la sociedad cubana, utilizó los términos “afrocubano” y “transculturación” para descubrir la trayectoria, la dinámica y la dirección de los procesos etnoculturales, y captar aquellos elementos que lo hacen diferente del movimiento evolutivo de otras culturas. Así, nos advierte: “hemos escogido el vocablo transculturación para expresar los variadísimos fenómenos que se originan en Cuba por las complejísticas transmutaciones de culturas que aquí se verifican, sin conocer las cuales es imposible entender la evolución del pueblo cubano, así en lo económico como en lo institucional, jurídico, ético, religioso, artístico, lingüístico, psicológico, sexual, y en los demás aspectos de su vida.”

Sin duda, el concepto de transculturación es uno de los aportes más significativos de Fernando Ortiz; expresa contenidos y realidades históricas y el “espíritu de provisionalidad” de la cultura en su doble trance de

desajuste y reajuste. El antropólogo Bronislaw Malinowski se equivoca al considerar que Ortiz, como “buen funcionalista”, acude a la historia cuando es indispensable. Esta afirmación tiene mucho que ver con la escuela funcionalista a la que perteneció Malinowski y poco con la obra de Ortiz. La introducción que el destacado antropólogo escribió al *Contrapunteo Cubano del Tabaco y del Azúcar* pesa sobre las interpretaciones de la obra de Ortiz, aun cuando Le Riverend aclara la posición teórica y metodológica de Ortiz y establece que su pensamiento evoluciona hacia un historicismo consciente.

Es habitual que en torno del pensamiento de Fernando Ortiz se debata si fue funcionalista, estructuralista o positivista, y que en ocasiones se pierdan de vista los aportes teóricos de su concepción sociológica o histórica. Por otra parte, se tiende a reducir las influencias del marxismo en su obra a simples contactos, cuando, en nuestra opinión, Ortiz elabora el concepto de transculturación advirtiendo el papel de las relaciones económicas como factor determinante en última instancia en la conformación de la nacionalidad cubana.

Abel Prieto, en un artículo aparecido en el periódico *Granma* del viernes 19 de julio de 2019, titulado “Cubanidad y Cubanía”, analiza cómo Fernando Ortiz diferencia estos dos conceptos. Para éste la cubanidad es la esencia de la cultura cubana, mientras que cubanía es su aceptación consciente y práctica; no todo el que nace en Cuba acepta de por sí la cultura cubana, y están los que por su conducta antipatriota han renegado de la misma, como los voluntarios vendidos a España y los que reniegan de nuestra cultura para sentirse pertenecientes a culturas ajenas. Esta es la gran diferencia, subraya Abel Prieto, que Ortiz reveló en estos dos conceptos. El pensamiento de Fernando Ortiz es pletórico en las dimensiones: antropológica, sociológica, filosófica, lingüística, en el desentrañamiento de los factores que determinan la conformación de la cubanía. Por eso su obra es imperecedera y tenemos que volver a ella constantemente los que emprendemos el camino del estudio del pensamiento cubano. Su obra necesita ser ubicada de forma más trascendente en los planes de estudio de la enseñanza universitaria en Cuba, en las carreras humanísticas, por lo excelso de su legado sociocultural. 

---

**José Antonio Soto Rodríguez** (Santiago de Cuba, 1951). Académico cubano. Licenciado en Historia por la Universidad de Oriente, Master en Pensamiento Filosófico Latinoamericano por la Universidad Central de Las Villas y Doctor en Ciencias Filosóficas por la Universidad de Oriente, en donde ha sido profesor. Es director del Grupo de Pensamiento Crítico Caribeño. Ha publicado ocho libros y numerosos artículos en revistas nacionales e internacionales, obteniendo premios por la Academia de Ciencias y por la Universidad de Oriente. Recientemente se le publicó en República Dominicana el libro *Juan Bosch. Su pensamiento humanista caribeño y universal*. Ha desplegado desde la Casa del Caribe, en Santiago de Cuba, una labor científica destacada.